Miércoles, 06 de marzo 2013

El duro camino que nos queda por delante

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/03/the-hard-road-ahead.html

La última ronda de teatro político en Washington DC sobre los recortes presupuestarios automáticos promulgados en el compromiso de techo de deuda de 2011 –el llamado "secuestro"– no ha podido haber llegado en mejor momento, al menos en lo que se refiere a este blog. Es difícil imaginar mejor evidencia de que el proceso político estadounidense ha perdido finalmente su último asidero con la realidad.

Vamos a empezar con lo básico. A pesar de toda la berrea por parte de políticos, grupos de presión y medios de comunicación, los recortes en cuestión sólo han supuesto un total del 2,3% del presupuesto federal de los Estados Unidos. Visto así, son una relativamente modesta fracción de los enormes aumentos en los gastos federales que han tenido lugar durante la última década. (Dudo sinceramente que mis lectores que se encontraban en los EE.UU. en 2003 hayan notado una falta notable de fondos federales comparado con lo que se gastó después.) Del mismo modo, los que protestaron por los “aumentos de impuestos” a principios de este año por lo general han ocultado cuidadosamente que los aumentos en cuestión fueran simplemente la expiración de algunas (no todas) de las grandes reducciones de impuestos promulgadas hace poco más de una década en la segunda administración Bush.

En un momento en que Estados Unidos está gastando anualmente cientos de miles de millones de dólares que casualmente no tienen, y obtienen la diferencia dándole a la manivela de las máquinas de imprimir billetes a una velocidad cada vez mayor, el caso es que las medidas anunciadas para reducir el aumento del gasto y renunciar a recortes de impuestos son medidas que merecen ser tenidas en cuenta seriamente. Tal noción, sin embargo, es anatema para la mayoría de los estadounidenses en estos días, por lo menos en la medida en que dicha medida pudiera afectarlos personalmente. Justo al otro lado del paisaje intrincado de la opinión política contemporánea de América, con toda seguridad puedes contar con una audiencia entusiasta si propones que los recortes presupuestarios deberían limitarse a los pagos del gobierno que, curiosamente, no te afectan. Pero haz incluso la más tímida sugerencia de que tu audiencia podría exigir un poquito menos para ellos mismos, y tus posibilidades para acabar embreado, cubierto con plumas y expulsado de la ciudad no son nada pequeñas.

El único acuerdo sobre los recortes presupuestarios en los Estados Unidos, en otras palabras, es la creencia de que debe ser otro quien reciba el golpe. Como los políticos en Washington DC tratan de decidir sobre cuáles de los muchos grupos que reclaman para sí cantidades de dólares federales, este consenso no es les proporciona precisamente una orientación útil. Me he preguntado más de una vez si todo el negocio del “secuestro” no es más que una farsa, cocinada a fuego lento por los líderes de ambos partidos y tácitamente aceptada por la tropa en el Congreso, una farsa que les permite imponer recortes presupuestarios en tantos programas federales como puedan, mientras que por otra parte cada partido es capaz de esgrimir una negación plausible para seguir culpando de todo al otro partido. Si es así, se trata de una estratagema ingeniosa; el desafío real vendrá cuando el Congreso se quede sin trucos de este tipo y tenga que admitir ante la multitud de codiciosos grupos de presión, hacinados en torno al comedero, que pasó el tiempo de la sopa boba, que se acabó lo que se daba.

Este último detalle es la única parte de las noticias que no se oyen en medio del actual alboroto. Es también la gran noticia que es necesario entender para dar sentido a la política estadounidense en el presente y el en el futuro inminente. Cuando la economía del imperio comienza a funcionar a la inversa, como ocurre en la agonía de todos los imperios, los familiares hábitos de la extravagancia surgidos en los días de gloria del imperio se convierten en pasivos colosales, y una de las tareas más importantes de todo imperio en colapso es encontrar alguna manera de ajustar sus gastos de acuerdo con sus posibilidades. Siempre hay un montón de personas que insisten en que eso no es necesario, y muchos más que están muy de acuerdo con el recorte de todos los gastos, excepto los que sirven para llenarles sus bolsillos; la inercia estas personas genera una fuerza potente, pero con el tiempo da paso bien a las

exigencias de la supervivencia nacional, bien a las realidades aún más incontestable del colapso político, económico y militar.

Entre el momento en que una nación se mueve en la sombría amenaza de la crisis y el momento en que la crisis se convierte en una amenaza inmediata para la supervivencia nacional, normalmente hay un intervalo donde las excusas triunfan sobre el pragmatismo y todo el mundo en la esfera política no hace más que insisir en que todo va bien, incluso a pesar de todo el mundo vea que no es así. En cada uno de los ciclos anteriores de anaciclosis en la historia estadounidense destaca un intervalo similar: en los años previos a la Guerra de la Independencia, cuando los líderes de las colonias americanas insistían en que eran súbditos leales del buen rey George y los pequeños desacuerdos con Londres sin duda podrían resolverse; en la amarga década de los años 1850, cuando cada uno de los compromisos legislativos trató de poner una venda sobre la brecha cada vez mayor entre los estados esclavistas y los estados libres, y sólo consiguió hacer inevitable la guerra más sangrienta de EE.UU.; en los primeros años de la Gran Depresión, cuando la economía de Estados Unidos se hundía mientras los políticos y los expertos insistían en que todo iba a solucionarse en breve.

Estamos en el cuarto intervalo de este tipo en los Estados Unidos. Al igual que los precedentes, es un momento en que los únicos problemas que realmente importan son esos de los que nadie en la vida pública de la nación quiere hablar. Es un momento en que los esfuerzos se dirigen a intentos cada vez más desesperados para postergar durante algún tiempo la inevitable crisis en lugar de dedicarlos a algo más útil. ¿Cuánto tiempo durará el intervalo? Esa es una buena pregunta. El primero de estos intervalos se desarrolló entre el final de la Guerra de los Siete Años en 1763 a los primeros disparos en Lexington en 1775; el segundo, desde el Acuerdo de 1850 hasta el bombardeo de Fort Sumter en 1861; el tercero, el más corto hasta la fecha, desde la caída de la bolsa de 1929 hasta el inicio del New Deal en 1933. La duración del cuarto intervalo es una incógnita; mi sensación, si os sirve de algo, es que los historiadores del futuro es probable que consideren la crisis de 2008como su principio, y me sorprendería ver que acaba esta década antes de que estalle la crisis.

Durante el intervalo previo a la explosión, si la historia sirve de guía, la única cosa que nadie será capaz de lograr del gobierno federal es una acción constructiva en cualquiera de los crecientes problemas y dilemas a los que se enfrenta la nación. Ese es el coste de tratar de no ver una crisis que se avecina: el esfuerzo que necesario para posponer lo inevitable y la creciente dificultad para construir una coalición entre centros de poder díscolos y cada vez más divergentes pone fuera del alcance cualquier intento de hacer frente a todo lo demás. La década previa a la Guerra Civil es un ejemplo tan bueno como cualquier otro; desde 1850 hasta la explosión final, sobre cualquier tema que se te ocurra, había una hoja de ruta del Norte y una hoja de ruta del Sur, y cualquier intento de hacer algo en Washington DC chocó de frente con la rivalidad Norte-Sur, cada vez más tensamente enconada. Si cambias las etiquetas geográficas por los partidos políticos de hoy en día, el panorama es muy familiar.

En otras palabras, si hay una respuesta significativa a los ingentes impactos políticos, económicos y sociales del final de la era imperial de Estados Unidos, esta no vendrá del gobierno federal. Es probable que tampoco venga de los gobiernos estatales. Hay alguna posibilidad de que un estado por aquí o por allá pueda ser capaz de cambiar la tendencia y hacer algo útil, pero la mayoría de los gobiernos de los estados están tan endeudados con grupos de presión como el propio gobierno federal, y por lo mismo tan desesperadamente escasos de fondos. Eso deja a los gobiernos locales, grupos comunitarios locales, familias e individuos como las fuentes más probables para algún cambio constructivo, siempre que haya gente suficiente como para que la expresión "actuar localmente" sea algo más que un eslogan reconfortante.

Aquí es donde la forma disfuncional, pero muy popular, de la política de protesta que he criticado en un post anterior (traducción en el foro aquí) se convierte en un obstáculo importante para el cambio significativo más que en un vehículo para lograrlo. Como indiqué, la protesta es una herramienta política eficaz cuando está respaldada por una organización independiente de base, una que pueda amenazar a los funcionarios elegidos con la pérdida de sus cargos si no prestan atención a la protesta. Cuando no existe esa amenaza, la protesta no tiene fuerza, no muerde, y puede ser ignorada.

Esta distinción sigue siendo relevante, ya que muy pocos de los grupos que calientan motores para protestar en estos días se han tomado el tiempo y han invertido los recursos necesarios para construir el tipo de soporte de base que da dientes a una protesta. Sin embargo, hay otra vía de que la protesta política puede llegar a ser algo irremediablemente disfuncional, y es cuando lo que exigen los manifestantes es algo que ni los funcionarios a los que pretenden influir (ni posiblemente nadie en el mundo) puede darles.

Y por las actitudes actuales veremos un montón de esas que en los años venideros. La gran mayoría de los estadounidenses están convencidos en la creencia de que la riqueza fastuosa que han disfrutado en las últimas seis décadas es normal y se la merecen. Y de que deben poder seguir disfrutando de esa riqueza y de todos los beneficios y privilegios que fueron posibles, y si ocurre que el futuro cercano ya no puede seguir con esas cosas, alguien tiene la culpa. Si tratas de decirles que han crecido en un período de absurda extravagancia imperial y que todo lo relacionado con ella va a desaparecer para siempre, ten por seguro que la respuesta que tendrás estará en algún punto indeterminado entre la incomprensión absoluta y rabia ciega.

De la incomprensión y la rabia, sin duda, pueden surgir grandes movimientos de protesta en los próximos años, y no debemos asumir se limiten a las inocuas e ineficaces poses que hemos visto en estos años en movimientos como "Occupy". Es demasiado fácil, de hecho, imaginar que insurgentes armados, bombas en las carreteras, puestos de control del ejército y aplicación de la ley marcial podrían llegar a ser algo común en la vida cotidiana de Estados Unidos. La fácil insistencia en que todo lo que está mal en el país debe ser culpa de cualquier chivo expiatorio que actualmente esté de moda es, en mi opinión, una de las mayores fuerzas que empujan en esa dirección.

En este momento, el gobierno de Estados Unidos es una de esas tan de moda cabezas de turco. Esa costumbre alimenta la pornografía del miedo político que desempeña un papel tan grande en el discurso público estadounidense actual. Aquellos que pasaron los ocho años de la segunda administración Bush esperando con impaciencia a leer y hacer circular esas afirmaciones engañosas en las que Bush estaría a punto de imponer la ley marcial y la tiranía militar de los EE.UU., y sus idénticos equivalentes en el otro extremo del espectro político que están haciendo declaraciones igualmente falsas sobre Obama en este momento, están ayudando a cebar, a engordar la crisis de legitimidad que he discutido en varios posts. Lo que Carl Jung describió como "la proyección de la sombra", (es decir, que los aspectos menos agradables de ti mismo en realidad corresponden a lo que más odias) tiene mucho que ver con la propagación de ese estado de ánimo. Sin embargo me he preguntado más de una vez si podría haber más que eso.

Es difícil pensar en nada más apetecible o que diera más placer a los rivales de Estados Unidos en el escenario mundial que una insurrección popular contra el gobierno de Estados Unidos en suelo americano. Incluso aunque fuese aplastada, ya que probablemente destruiría la economía estadounidense, paralizaría la capacidad de los EE.UU. para intervenir fuera de sus fronteras, y daría un golpe propagandístico de primera clase a cualquier nación cansada de la manida postura del gobierno de Estados Unidos sobre cuestiones de derechos humanos. No es muy difícil financiar de manera subrepticia la propaganda antigubernamental en los Estados Unidos y un montón de gobiernos hostiles podrían considerar en serio que la apuesta vale la pena. A veces sospecho que esto es lo que podría estar detrás de la notable manera en que la vida pública estadounidense está saturada de propaganda insistiendo en que el actual sistema de gobierno es la encarnación del mal, y que cualquier sistema que lo pudiera sustituir sería necesariamente para mejor.

Un par de puntualizaciones. Por supuesto que esta última es una opinión común en épocas revolucionarias. Igual de común, por supuesto, es el descubrimiento de que por muy mala que sea una situación, lo que la sustituye puede ser muchísimo peor. Aquellos que fueron testigos de las revoluciones francesa y rusa, por citar sólo dos ejemplos, lo sufrieron en sus carnes. Sería muy útil, por no utilizar una palabra más fuerte, evitar una repetición de la misma dura lección en la era post-imperial de Estados Unidos. Mientras los estadounidenses sigan intentando convencerse de que los límites del crecimiento no importan, de que los beneficios del imperio nunca acabarán, y lo que consideran básico en la cultura popular estadounidense (la extravagancia imprudente de su estilo de vida) no es un derecho adquirido, será muy difícil tener un rumbo claro.

Sería de gran ayuda, en otras palabras, que más estadounidenses se llegaran a poner de acuerdo con el hecho de que es preciso decidir qué tipo de futuro quieren, y desde luego que no es una respuesta adecuada insistir a grito pelado en que ese es el futuro que deberían de tener. Por el contrario, va a ser necesario empezar por pensar seriamente sobre el tipo de futuro que se puedan permitir en una era post-imperial, sin petróleo, y luego tratar de hacer la mejor elección posible entre las opciones disponibles. Hacer esa clase de elección, a su vez, será más sencillo si tenemos una cierta experiencia práctica de la forma en que actúan las diversas opciones de trabajo en el mundo real, y esto nos lleva de nuevo a la cuestión de la acción local.

Nadie sabe qué modelos políticos, económicos y culturales serán los más adecuados para prosperar tras el imperio fallido de América, o los mejores modelos para hacer frente a las consecuencias más amplias a medida que el mundo industrial va dando tumbos por la larga y abrupta pendiente hacia el mundo des-industrial del futuro. Mucha gente cree saber; abundan las ideologías abstractas que proclaman el único y verdadero camino hacia un futuro supuestamente mejor, pero apostar el futuro a una teoría no probada o, peor aún, a una teoría que ha fallado cada vez que se ha puesto a prueba, no es exactamente una buena costumbre.

Lo que se necesita en cambio, mientras los Estados Unidos se tambalean hacia su cuarta gran crisis existencial, es la selección más amplia posible de opciones que han demostrado ser útiles. Aquí es donde las comunidades locales y los grupos comunitarios pueden desempeñar un papel fundamental, ya que es precisamente en la escala local donde se pueden ensayar las opciones, se pueden identificar y solventar los problemas, y se pueden explorar otras posibilidades con mayor facilidad. Por otra parte, dado que todo el país no se compromete con ninguna respuesta, las opciones probadas en diferentes lugares pueden ser comparadas entre sí y la rimbombante retórica del triunfalismo que tan a menudo satura cualquier proyecto (en internet y fuera de él) puede dejarse de lado en favor de las manifestaciones directas de que una determinada opción puede realmente funcionar. Querido lector , ¿cuántas veces has visto que se aplaude un único proyecto y una única respuesta definitivos a la crisis de nuestro tiempo, sin la más mínima evidencia para demostrar que realmente funciona?

En un post anterior en esta secuencia, por ejemplo, he discutido algunas de las posibilidades que podrían surgir de un renacimiento del proceso democrático tradicional. La manera más simple y eficaz para poner en marcha un renacimiento sería a través de los grupos existentes en la comunidad, que muy a menudo conservan los fundamentos del proceso democrático en su estructura organizativa, o en grupos de nueva creación que utilicen los principios democráticos. Estos grupos se convertirían entonces en los campos de entrenamiento de donde procederían las personas que allí habían aprendido las habilidades necesarias para aplicarlas en otros lugares como el gobierno local, la organización de nuevos partidos políticos, o lo que sea, para dar un buen uso a esas habilidades.

El mismo principio se aplica casi a cualquier otro aspecto de nuestra situación colectiva que se te ocurra. Si el problema que necesita una respuesta significativa es la inminente escasez de energía y otros recursos, si el clima cada vez más inestable, si la desintegración de una economía en la que el fraude contable es casi la única industria en crecimiento, etc. la magnitud del problema es evidente, pero los detalles son turbios y la mejor manera de enfrentarse a ellos sigue envuelta en la noche más oscura. Por lo demás, no hay manera de estar seguro de que la respuesta que mejor funciona en un lugar será igualmente de adecuada a las condiciones de otros lugares. Al abordar los problemas a nivel local, probando diferentes opciones viendo lo bien que funcionan suben súbitamente las probabilidades de dar con algo útil.

Se podrá objetar que no tenemos tiempo para un programa de ensayo y error. Y es muy cierto, ya no hay tiempo para mucho más. Poner en marcha grandes programas teóricos, esperando que las improbables circunstancias que quizá podrían conducir a que sean adoptados a escala nacional o mundial, con la esperanza de que funcionen como se anuncia, si es que se llegan a poner a prueba, es un lujo válido para aquellas épocas en que la crisis aún está cómodamente lejana en el futuro. No vivimos en una era así, por si no te has dado cuenta.

Durante las próximas décadas, el pueblo de los Estados Unidos y el resto del mundo industrial va a tener que lidiar con la desintegración de un imperio global estadounidense que ya está disminuyendo, con el

final de un orden económico mundial dominado por el dólar y por ende por la América de la bomba de riqueza imperial, con el agotamiento acelerado de una larga lista de recursos no renovables y con el fuerte impacto de un brusco cambio climático, sólo para empezar. Si la historia sirve de guía, el impacto de esas crisis ya inevitables probablemente se verá agravado por guerras, revoluciones, crisis económicas, y todas las fracturas que tienden a surgir cuando un orden global sucede a otro. Va a ser un camino muy duro, probablemente al menos tan duro como el camino del mundo cuando tuvo que viajar entre 1914 y 1954, cuando el fin del imperio global de la Gran Bretaña quebró la larga paz de la Europa del siglo XIX hasta un extremo desorden y originó olas de cambio radical y tsunamis de sangre humana.

Del mismo modo, el camino duro por delante será probablemente comparable en su alcance y efectos a los tiempos angustiosos que trajeron las primeros tres rondas de anaciclosis de Estados Unidos. La vida en la Guerra de la Independencia, en la Guerra Civil, o en la Gran Depresión no fue fácil; aquellos de mis lectores que sientan curiosidad por atisbar lo que podría esperarnos, lo mejor que pueden hacer es leer buenos libros de historia sobre esos períodos, o cualquiera de los muchos testimonios de primera mano escritos por quienes los experimentaron y vivieron para contarlo. Los registros de estos tiempos no dan ningún apoyo serio a la afirmación de que podemos tener el futuro que deseamos. En el post de la próxima semana hablaré de las esperanzas que sostienen esa afirmación.